

C.E.N.S. Jorge H. Yacante

Nivel Secundario. Adultos

Docentes:

Prof. Cecilia Gutiérrez

Prof. Ezequiel Irrazabal

Curso: 3° año.

Espacio curricular: Literatura

Turno: nocturno

Título de la propuesta: Leemos a Edgar Allan Poe: el género detectivesco

Guía pedagógica n° 3

Objetivos: leer comprensivamente cuentos de Edgar Allan Poe

ACTIVIDADES:

1- Escriba en su cuaderno la siguiente teoría:

Edgar Allan Poe es uno de los máximos referentes del género detectivesco, dentro del cual encontramos los cuentos policiales.

El cuento policial es una historia que plantea un enigma (un crimen, un robo, una desaparición) que debe ser resuelto por un especialista mediante el razonamiento lógico. La estructura básica de este tipo de relato es:

-Se plantea un enigma para resolver: el enigma es un misterio, se ha cometido un delito (un robo, un asesinato, un secuestro). Se desconocen los motivos y quién ha sido el culpable. A partir de este dilema, se desarrolla la historia que se cuenta en el relato.

-seguimiento de pistas: es parte de la narración del proceso de investigación que permite aclarar el interrogante planteado al comienzo.

- La resolución del enigma se logra mediante: el examen y la observación de los hechos materiales y psicológicos sobre la base de los cuales se sacan conclusiones; y el razonamiento a partir de posibles hipótesis.

Los personajes son: el investigador (puede ser o no un policía); el acompañante (es un amigo que asiste y ayuda al investigador); los sospechosos (puede ser uno o varios, y el investigador los va descartando porque no hay pruebas valederas).

2- Lea el cuento “*La carta robada robada*” y luego:

a- Diga dónde y cuándo sucede la historia

b- Mencione a los personajes

c- Complete el siguiente esquema con la información del cuento:

La carta robada	}	Enigma: _____
		Sospechoso: _____
		Pistas: _____
		Resolución del enigma: _____

### LA CARTA ROBADA. E.A. POE

Al anochecer de una tarde oscura y tormentosa en el otoño de 18..., me hallaba en París, gozando de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin. Durante una hora por lo menos, habíamos guardado un profundo silencio; a cualquier casual observador le habríamos parecido intencional y exclusivamente ocupados con las volutas de humo que viciaban la atmósfera del cuarto, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió para dar paso a nuestro antiguo conocido, monsieur G\*\*\*, el prefecto de la policía parisina.

Le dimos una sincera bienvenida porque hacía varios años que no le veíamos. Estábamos a oscuras cuando llegó, y Dupin se levantó con el propósito de encender una lámpara; pero volvió a sentarse sin haberlo hecho, porque G\*\*\* dijo que había ido a consultarnos, o más bien a pedir el parecer de un amigo, acerca de un asunto oficial que había ocasionado una extraordinaria agitación.

—Si se trata de algo que requiere mi reflexión —observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

— ¿Y cuál es la dificultad ahora? —Pregunté — Espero que no sea otro asesinato.

— ¡Oh, no, nada de eso! El asunto es muy simple, en verdad, y no tengo duda que podremos manejarlo suficientemente bien nosotros solos.

— ¿Y cuál es, por fin, el asunto de que se trata? —pregunté.

— Se lo diré en pocas palabras; pero antes de comenzar, le advertiré que este es un asunto que demanda la mayor reserva, y que perdería sin remedio mi puesto si se supiera que lo he confiado a alguien. He recibido un informe personal de un altísimo personaje, de que un documento de la

mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. El individuo que lo robó es conocido; fue visto en el acto de llevárselo. Se sabe también que continúa todavía en su poder.

—¿Cómo se sabe esto? —preguntó Dupin.

—Bien, puedo afirmar que el papel en cuestión da a su poseedor cierto poder en una cierta parte, donde tal poder es inmensamente valioso. El prefecto era amigo de la jerga diplomática.

—Todavía no le comprendo bien —dijo Dupin.

— ¿No? Bueno; la predestinación del papel a una tercera persona, que es imposible nombrar, pondrá en tela de juicio el honor de un personaje de la más elevada posición.

— ¿Quién se ha atrevido...?

—El ladrón —dijo G\*\*\*— es el ministro D\*\*\*, quien se atreve a todo; uno de esos hombres tan inconvenientes como convenientes. El método del robo no fue menos ingenioso que arriesgado. El documento en cuestión, una carta, había sido recibida por el personaje robado. Mientras que la leía, fue repentinamente interrumpido por la entrada de otro elevado personaje, a quien deseaba especialmente ocultarla. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en una gaveta, se vio forzado a colocarla, abierta como estaba, sobre una mesa. La dirección, sin embargo, quedaba a la vista; y el contenido, así cubierto, hizo que la atención no se fijara en la carta. En este momento entró el ministro D\*\*\*. Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconocen la letra de la dirección, observa la confusión del personaje a quien ha sido dirigida, y penetra su secreto. Después de algunas gestiones sobre negocios, de prisa, como es su costumbre, saca una carta algo parecida a la otra, la abre, pretende leerla, y después la coloca en estrecha yuxtaposición con la que codiciaba. Se pone a conversar de nuevo, durante un cuarto de hora casi, sobre asuntos públicos. Por último, levantándose para marcharse, coge de la mesa la carta que no le pertenece.

—Está claro —dije—, como lo observó usted, que la carta está todavía en posesión del ministro, puesto que es esta posesión, y no su empleo, lo que confiere a la carta su poder. Con el uso, ese poder desaparece.

—Cierto —dijo G\*\*\*—

—Pero —dije—, usted se halla completamente experto en este tipo de investigaciones. La policía parisina ha hecho estas cosas muy a menudo antes.

—Ya lo creo; y por esa razón no desespero. Durante tres meses, no ha pasado una noche sin que haya estado empeñado personalmente en escudriñar la mansión de D\*\*\*. Mi honor está en juego y, para mencionar un gran secreto, la recompensa es enorme. Con la policía buscamos en todas partes. He tenido larga experiencia en estos negocios. Recorrí todo el edificio, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada uno. Examinamos primero el mobiliario

de cada habitación. Abrimos todos los cajones posibles; y supongo que usted sabe que, para un ejercitado agente de policía, son imposibles los cajones secretos. Cualquiera que en investigaciones de esta clase permite que se le escape un cajón secreto, es un bobo. La cosa así, es sencilla. Hay una cierta cantidad de capacidad, de espacio, que contar en un mueble. En este caso, establecemos minuciosas reglas. Después del gabinete, consideramos las sillas. Los cojines son examinados con esas delgadas y largas agujas que usted me ha visto emplear. De las mesas, removemos las tablas superiores.

— ¿Por qué?

—Algunas veces la tabla de una mesa, u otra pieza de mobiliario similarmente arreglada, es levantada por la persona que desea ocultar un objeto; entonces la pata es excavada, el objeto depositado dentro de su cavidad y la tabla vuelta a colocar. Los extremos de los pilares de las camas son utilizados con el mismo fin.

—¿Pero la cavidad no podría ser detectada por el sonido? —pregunté.

—De ninguna manera, si cuando el objeto es depositado se coloca a su alrededor una cantidad suficiente de algodón en rama. Además, en nuestro caso, estábamos obligados a proceder sin ruidos. Examinamos los travesaños de cada silla de la casa, y en verdad, todos los puntos de unión de todas las clases de muebles, con la ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido alguna huella de reciente remoción, no habríamos dejado de notarla instantáneamente. Un solo grano del serrín producido por una barrena en la madera, habría sido tan visible como una manzana.

—Presumo que observarían ustedes los espejos, entre los bordes y las láminas, y examinarían los lechos, y las ropas de los lechos, así como las cortinas y las alfombras.

—Eso, por sabido; y cuando hubimos registrado absolutamente todas las partículas del mobiliario de esa manera, examinamos la casa misma. Dividimos su entera superficie en compartimentos, que numeramos para que ninguno pudiera escapársenos.

....

Convencido de estas ideas, me puse mis gafas verdes y una hermosa mañana, como por casualidad, entré en la casa del ministro. Encontré a D\*\*\* bostezando, extendido cuan largo era. Para pagarle con la misma moneda, me quejé de mis débiles ojos, y lamenté la forzosa necesidad que tenía de usar gafas, bajo el amparo de las cuales examinaba cuidadosa y completamente toda la habitación. Presté especial atención a una gran mesa-escritorio, cerca de la cual estaba sentado D\*\*\*, y sobre la que había desparramados confusamente diversas cartas. En ella, no obstante, después de un largo y deliberado escrutinio, no vi nada capaz de provocar mis sospechas.

»Por último, mis ojos, examinando el circuito del cuarto, se posaron sobre un miserable tarjetero de cartón afiligranado, que pendía de una sucia cinta azul, sujeta a una perillita de bronce, colocada justamente sobre la repisa de la chimenea. En aquel tarjetero, que tenía tres o cuatro compartimentos, había seis o siete tarjetas de visita y una solitaria carta. Esta última estaba muy manchada y arrugada. Se hallaba rota casi en dos, por el medio, como si una primera intención de hacerla pedazos por su nulo valor hubiera sido cambiado y detenido. Tenía un gran sello negro, con el monograma de D\*\*\*, muy visible, y el sobre escrito y dirigido al mismo ministro revelaba una letra menuda y femenina. Había sido arrojada sin cuidado alguno, y hasta desdeñosamente, parecía, en una de las divisiones superiores del tarjetero.

No bien descubrí la carta en cuestión, comprendí que era la que andaba buscando.

Demoré mi visita tanto como fue posible. Di los buenos días al ministro, y me marché enseguida, abandonando sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente fui en busca de la tabaquera, y reanudamos placenteramente la conversación del día anterior. Mientras Estábamos en ella empeñados, un fuerte disparo, como de una pistola, se oyó inmediatamente debajo de las ventanas del edificio, y fue seguido por una serie de gritos de terror, y exclamaciones de una multitud asustada. D\*\*\* se lanzó a una de las ventanas, la abrió y miró hacia la calle. Mientras, me acerqué al tarjetero, cogí la carta, la metí en mi bolsillo y la reemplacé por un facsímil (de sus caracteres externos) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D\*\*\*, con mucha facilidad, por medio de un sello de miga de pan. Al poco rato me despedí de él. El pretendido lunático era un hombre a quien yo había pagado para que produjera el tumulto.

—Pero, ¿qué propósito tenía usted —pregunté— para reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor, en la primera visita, arrebatársela abiertamente y salir con ella?

—D\*\*\* —replicó Dupin— es un hombre arrojado y valiente. Su casa, además, no carece de servidores consagrados a los intereses del amo. Si hubiera yo hecho la atrevida tentativa que usted sugiere, jamás habría salido vivo de allí y el buen pueblo de París no hubiera vuelto a saber más de mí.

Ella es la que lo tiene ahora en su poder: como D\*\*\* no sabe que la carta no está ya en su tarjetero, proseguirá con sus presiones como si la tuviera. Así provocará, él mismo, su ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula.

Director: sin autoridad por jubilación